

**LA ANTROPOLOGIA CULTURAL VASCA EN UNAMUNO.  
UN EJEMPLO DE CULTURAS EN CONFLICTO**

ANGEL GOICOETXEA MARCAIDA\*

\*Universidad del País Vasco.

La cultura vasca, como toda cultura circunscrita a un área muy limitada, su espacio geográfico es hoy un 1/500 de la superficie del continente europeo; perteneciente, por otro lado, a un pequeño núcleo de población, los vascos representamos en este momento apenas el 0,5% de los habitantes de la Europa occidental, y sometida a presiones ejercidas por grupos étnicos más poderosos y dotados con mejores medios, es un claro exponente de culturas en conflicto. Aspecto este último que ha repercutido en gran parte de la obra científica, literaria y artística de algunos de los hijos más ilustres de este país.

El examen de determinadas facetas del pensamiento de Unamuno con respecto a la cultura vasca, es un definitivo ejemplo de los problemas y dificultades que presenta la antropología, en particular cuando se trata, como en el caso vasco, de examinar y valorar una cultura en su mayor parte no escrita, propia de pueblos muy antiguos.

Al releer algunos de los primeros trabajos de Unamuno, centrados en la investigación de su propio pueblo y que no han sido suficientemente valorados hasta la fecha, podemos apreciar como el planteamiento sectorial o parcial de los estudios antropológicos puede conducir a situaciones erróneas sobre la cultura de una pequeña comunidad en un determinado momento histórico, o a mantener posturas controvertidas respecto al estado cultural de todo un pueblo.

Como ha dicho Aranzadi, «el idioma es uno de los elementos culturales que definen a un pueblo aunque no el único». Esta última matización es muy importante. El fallo de los trabajos de Unamuno sobre la cultura vasca fue centrar todas sus investigaciones en el examen estructural del euskera, prescindiendo de cualquier otra manifestación espiritual o material del pueblo vasco, aunque, paradójicamente, señaló el camino correcto para esclarecer el problema. Camino que él no acertó a desarrollarlo, como trataremos de exponer en este breve trabajo. Para ello nada mejor que realizar un detenido recorrido por aquellas partes de su obra que giran en torno a este tema.

El 20 de Junio de 1884, ahora hace un siglo, apenas terminados sus estudios de Filosofía y Letras, y después de una breve etapa juvenil en la que don Miguel se confiesa sumergido en un vasquismo romántico e idealizado, lee la tesis de doctorado que lleva por título «Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca».

Para Tovar esta tesis es uno de los primeros intentos serios de un estudio científico sobre el euskera llevado a cabo hasta ese momento. El propio Unamuno advierte, al comienzo de la misma, la naturaleza espinosa del problema que va a abordar: «soy vasco y llego con recelo y cautela a terreno poco y mal espigado hasta hoy»<sup>1</sup>, dice señalando los peligros que pueden coartar su independencia de criterio: «el exagerado espíritu de localidad que vicia nuestras investigaciones» y el ser «la materia de mis investigaciones, tan poco y tan mal estudiadas y en que el error, la precipitada ignorancia y los trabajos de segunda mano han mezclado con el trigo no poca cizaña»\*.

El trabajo aparece en un momento de máxima atención por parte de la antropología europea hacia el problema étnico vasco, siendo frecuentes durante esos años las sesiones que sobre este tema se celebran en la *Société d'Antropologie de Paris*. Unamuno conocía las investigaciones realizadas sobre el particular por Retzius, Broca y Landa, entre otros, a los que cita, pero como él bien dice: «dadas las condiciones en que se hallan los conocimientos craneológicos, teniendo en cuenta que el medio ambiente influye y otras muchas consideraciones, se debe concluir que tales investigaciones no son de un rigor grande, por hoy»<sup>3</sup>. A todo esto añade en su tesis la afirmación de que los hallazgos prehistóricos realizados hasta esas fechas: algunas hachas, utensilios de piedra y el ídolo de Miqueldi, «ninguna luz arrojan a nuestro problema».

Deja de lado otros hallazgos megalíticos como el dolmen de Eguilaz (Alava) en 1837, algunas construcciones de igual naturaleza realizadas en el valle de Cuartango en 1870, el yacimiento paleolítico de la cueva de Balzola (Vizcaya) en 1866, el dolmen de Jentillarri en el Aralar guipuzcoano en 1879, además del comienzo de las excavaciones en el País Vasco francés (Iparralde) hacia 1870, hechos que ponían en evidencia, si bien tímidamente, la existencia de una cultura prehistórica en el pueblo vasco aunque don Miguel no supo verlo así, limitándose a hacer un rápido examen de la ermita de San Miguel de Arrechinaga, del ídolo de Miqueldi y de algún otro monumento, para concluir con un «basta para comprender que ninguna claridad da la investigación de tales hechos a nuestro problema»<sup>4</sup>, dejando, pues, al margen tanto el estudio de la antropología física como la prehistoria del pueblo vasco.

---

(1) M. DE UNAMUNO: *La Raza vasca y el vascuence. En torno a la lengua española*; pág. 11; Madrid, 1974.

(2) Ibidem.

(3) Op. Cit. pág. 14.

(4) Op. Cit. pág. 15.

Ante esta perspectiva Unamuno propone, con gran clarividencia, «que hay que estudiar al pueblo en sus manifestaciones, y lo primero es recoger éstas y determinar el objeto del estudio. El alma oculta de un pueblo, prosigue don Miguel, se manifiesta en varios órdenes de ideas, pero bien podemos asegurar que del pueblo vasco no nos queda mas que su idioma, el eusker»<sup>5</sup>.

A mi juicio, la primera parte de la propuesta de Unamuno, que ha pasado totalmente desapercibida, es lo suficientemente importante para que tenga un sitio en la antropología cultural vasca aún cuando nos diga que «en el pueblo vascongado es inútil buscar una literatura propia y de abolengo, es más aún, ni tan siquiera posee tradiciones o leyendas que pudieran guiarnos en el dédalo oscuro de sus prehistóricas antigüedades»<sup>6</sup>. Cuando leemos hoy los trabajos de Lekuona sobre bersolarismo, o las investigaciones de Azkue sobre literatura oral y de Barandiarán sobre mitología, se ve cuán lejos de la verdad estaban algunas de las afirmaciones de Unamuno.

Aquí don Miguel se precipitó al sostener algo que por el hecho de desconocerlo, creía que no existía, aunque señaló el camino correcto para descubrir todo ese mundo. En lugar de servirse del euskera como llave para penetrar en lo que él mismo, pocos años más tarde, llamará la intrahistoria, en este caso del pueblo vasco, y poner así de relieve la existencia de manifestaciones artísticas, tradiciones, formas constitucionarias de derecho, ritos, música, literatura oral, creaciones artesanales, danzas, formas de expresión artística y religiosa, etc, es decir todo aquello que hace posible la vida de una comunidad y que constituye su alma, Unamuno prescinde de todo esto, alegando que no existe, por el simple hecho de que nadie lo había estudiado hasta ese momento.

Don Miguel cree que «el estudio científico o sea constructivo del idioma vasco es lo único que nos puede guiar a la resolución del problema sobre el origen de este pueblo»<sup>7</sup>. En definitiva el método lingüístico, método que ya había sido utilizado para la clasificación de las razas por otros investigadores, entre ellos el inglés Prichard. Es posible que su formación filológica fue la que le inclinó en esa dirección, conduciéndole a un callejón sin salida. No investiga en el campo de la antropología física sino que se limita a revisar y a juzgar lo realizado hasta esa fecha. Lo mismo hará en el terreno de la prehistoria y de la arqueología, diciéndonos que lo hallado hasta entonces carece de valor.

Después de señalar que «es el idioma vascongado, vascuence o euskera, el único medio de investigación que tenemos para remontarnos a los orígenes del pueblo vasco y para examinar el tan agitado problema de su lugar entre los aborígenes españoles»<sup>8</sup>, no halla solución al problema étnico por la

---

(5) Op. Cit. pág. 13.

(6) Ibidem.

(7) Op. Cit. pág. 15.

(8) Op. Cit. pág. 16.

via lingüística, no encuentra parentesco del mismo con otros idiomas ni razas para negar o afirmar la existencia de puntos comunes con el pueblo Ibero, todo ello, según él, por falta de base científica de seguro método, en los investigadores que le precedieron, analizando la obra y aportaciones de una copiosa lista de vascólogos, desde Garibay, Poza, Echave, Oihenart, Larra-mendi, Astarloa, Erro, Humboldt, sin olvidar a Van Eys, Moguel, Duvoisin, Bonaparte, D'Abbadie y un largo etcétera que incluye a Estrabón.

Como reconoce don Miguel todo el trabajo ha sido hasta ahora «una rapidísima reseña crítica», despachando por ejemplo la opinión de Schleicher, cuando llama al euskera lengua única y sin hermanas, con un «ya es adelantarse demasiado, así como es mucho aventurarse llegar hasta llamarle enigmática y decir que parece ser la sola lengua aborígene o primitivamente nacida en Europa, y como es demasiado con Whitney afirmar que sea acaso el último testigo de una civilización del oeste de Europa, destruida por invasores de raza indoeuropea»<sup>9</sup>. Tesis esta de Whitney mantenida años más tarde por otros antropólogos entre ellos Aranzadi<sup>10</sup>, Obermaier y Haberlandt, apoyada, últimamente, por estudios de seroantropología.

Todo induce a pensar, como ha dicho Tovar, que a Unamuno no le gustaba «porque hablaba de civilización y para él era evidente que la única que les había llegado a los vascos era la latina»<sup>11</sup>. Unamuno tenía un sentido de la cultura influido por el mundo grecolatino, de tal forma que cualquier otra manifestación cultural ajena a éste, no merecía tal significado, por lo menos en lo referente al pueblo vasco. Por eso afirma: «Voy a investigar si sabemos algo más de la primitiva cultura del pueblo vasco, independientemente de los orígenes de ésta»<sup>12</sup>, ya que, en su opinión, el problema étnico vasco quedaba sin resolver.

La investigación la centrará, como él dice, en el examen del euskera, «a la luz de la paleontología lingüística, historia de los pueblos antiquísimos que no tienen otra»<sup>13</sup>. Vuelve una vez más a la lingüística como única fuente esclarecedora de la cultura vasca y del valor de la misma. El resultado será igualmente desolador. Niega la existencia en euskera de términos que expresan ideas abstractas, señala la ausencia de leyendas indígenas, apunta la carencia de capacidad especulativa, así como la falta de aptitudes artísticas y creadoras aunque, justo es decirlo, algunas de estas afirmaciones serán revisadas pocos años después por el propio Unamuno, en 1889, desde las páginas literarias de *El Noticiero Bilbaíno*, con respecto al sentimiento artístico, vaticinando un despertar a la vida del arte y de la creación literaria, coincidiendo con la plenitud del florecimiento material, al igual que sucedió en

(9) Op. Cit. pág. 32-33.

(10) A. GOICOETXEA MARCAIDA: *Telesforo de Aranzadi, vida y obra*; pág. 182; San Sebastián, 1985.

(11) A. TOVAR: *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*; pág. 185; Madrid, 1980.

(12) Op. Cit. pág. 40.

(13) Op. Cit. pág. 44.

los Países Bajos. Al examinar hoy la labor investigadora de estas últimas décadas sobre la cultura indígena vasca, de nuevo observamos la exageración de tales críticas.

En sus conclusiones, después de manifestar que casi nada sabemos acerca de la cultura prehistórica del pueblo vasco, recomienda «volver a empezar si es tiempo, con calma, pero firme y seguro, y alumbrando el camino con la luz clara, tranquila y sosegada del entendimiento»<sup>14</sup>. De acuerdo con estos postulados, todavía durante unos años abordará Unamuno este tema con cierta regularidad, profundizando en las investigaciones sobre el euskera y haciendo incursiones en el campo de la etnografía, el folklore, el arte, la psicología étnica y, por supuesto, la lingüística, sosteniendo que el vascuence «es el único monumento auténtico en el que se puede estudiar la prehistoria del pueblo vasco».

En 1886, en el estudio titulado «Del elemento alienígena en el idioma vasco» vuelve a recordarnos la afirmación del norteamericano Whitney en el sentido de que los vascos son los restos de una civilización del oeste de Europa, destruída por invasiones indoeuropeas, tesis con la que él no está de acuerdo: «Pues qué ¿así como así se destruye una civilización? Un pueblo se destruye una civilización, jamás: en el choque el más culto acaba por superponerse»<sup>15</sup>. Afirmación ésta demasiado tajante y no fácil de demostrar. Las cosas no son siempre como dice don Miguel, que en el choque acaben por imponerse los más cultos. La vida y la historia nos vienen enseñando con harta frecuencia lo contrario. Ortega ha dicho que a menudo suelen vencer los peores porque son mayoría.

Sin embargo Unamuno es de los pocos intelectuales de su época que prestó atención a una importante rama del conocimiento de los pueblos como es el folklore, frente a otros escritores de su generación que desdeñaban esta clase de investigaciones. Aún cuando no sea él quien realice trabajos extensos sobre esta materia, no por eso deja de reconocer la importancia que tienen las investigaciones en este sentido. En 1886, se felicitaba de que se hubiera establecido el *Folklore Vasco-Navarro*. Algunos años después, en 1893, en uno de sus artículos publicado en el *Eco de Bilbao* escribía al respecto, frente a quienes relegaban a un segundo plano esta clase de investigaciones, «sobre las simplezas del folklore recogidas en abrumadora masa en toda Europa se han basado inductivamente fecundos conocimientos históricos, psicológicos y sociológicos».

Su interés por los estudios lingüísticos, rama fronteriza de la antropología, le llevaron igualmente a acercarse a la etnografía. El estudio analítico del euskera es para don Miguel «un monumento que sirve de materia para investigaciones históricas, etnográficas y aún de metodología lingüística»<sup>16</sup>.

(14) Op. Cit. pág. 51.

(15) M. DE UNAMUNO: Obras completas, VI, pág. 129.

(16) M. DE UNAMUNO: Obras completas. VI, pág. 213.

Una vez más está marcando certeramente uno de los caminos para esclarecer el problema cultural vasco e insta a los estudiosos, en un magnífico e interesante trabajo que sobre materia etnográfica publicó en 1896, a recoger lo que queda pues de lo contrario «se habrá perdido muy pronto la fuente más caudalosa y más pura de datos para el conocimiento de nuestro pasado»<sup>17</sup>, en particular en todo lo referente a su organización económico social. Por eso, al hablarnos de la génesis de su novela *Paz en la guerra*, nos dirá que no es otra cosa que el resultado de varios años de estudios sobre la vida íntima del pueblo vasco, y en particular de la vida en la aldea vascongada, enmarcado todo ello en la última guerra carlista, con la finalidad de mostrarnos algo de la intrahistoria de su pueblo.

Parte de la obra unamuniana que gira en torno a su nativo País Vasco está también cuajada de estudios analíticos sobre la personalidad de este grupo humano<sup>18</sup> Estudios que recuerdan a las investigaciones sobre la psicología de los pueblos o *Volkerpsychologie* de la escuela alemana. Pero siempre será la lengua el factor decisivo: «El idioma vasco señala la diferencia de la raza que le habla para con las demás, por sus diferencias con los demás idiomas»<sup>19</sup>, dice don Miguel.

Hemos visto muy rápidamente su aguda visión sobre el valor que encierran los estudios de antropología cultural, en particular la etnografía y el folklore, en la valoración y análisis de las culturas pero no profundizó en esas disciplinas, ciñéndose al examen exclusivo de la lengua, en especial el léxico y la gramática, para de ahí extraer sus conclusiones.

Fue la suya una investigación muy polarizada, en una sola dirección. No supo valorar lo que el idioma vasco tiene en si mismo de vehículo transmisor de ideas ancestrales, de formas de articular el pensamiento en quien lo habla, de expresar a través de él el humanismo (guisabide lo llama Barandiarán) de una comunidad de gentes cuyo origen se remonta a varios milenios; de que el hecho de ser una lengua totalmente diferente a cualquier otra de las habladas actualmente en la Europa occidental tenía que conducir, inexorablemente, a la existencia de peculiaridades en el orden cultural, técnico y artístico con respecto a los pueblos vecinos que le rodean; de que, en definitiva, un idioma imprime carácter al pueblo que lo habla, y el carácter, rasgo diferenciador por antonomasia, implica la existencia de formas de conducta y comportamiento ante los distintos problemas que plantea la vida, revelando cierto grado de originalidad y por tanto de cultura.

Frente a este Unamuno, duro en sus juicios con respecto al euskera y su cultura, todo el mundo conoce ya la célebre frase: «el vascuence se muere y se muere sin remedio»<sup>20</sup>, también tenemos el otro Unamuno que nos dice:

(17) M. DE UNAMUNO: Obras completas, VI, pág. 237.

(18) A. GOICOETXEA MARCAIDA: «Unamuno y la psicología étnica del pueblo vasco». Congreso Internacional Miguel de Unamuno. Salamanca, 1986.

(19) M. DE UNAMUNO: Obras completas, VI, pág. 162.

(20) M. DE UNAMUNO: Obras completas, VI, pág. 346.



«El día que el idioma se haya ido, el pueblo agonizará», y que ha sabido reflejar, con gran fidelidad, muchos aspectos de la vida y de la sociedad vasca, en particular de aquella parte del pueblo vasco caracterizada por conservar mejor su personalidad y libertad<sup>21</sup>. Paradójicamente este sector del pueblo corresponde al grupo social euskaldún que expresa en euskera sus sentimientos.

A lo ancho de muchas de las mejores páginas de este gran pensador vasco, vemos pasar escenas festivas populares, manifestaciones deportivas, detalles de juegos infantiles, ambientes de tertulias familiares, diferentes aspectos de la religiosidad vasca y, por encima de todo, ha sabido expresar como nadie la vida cotidiana, el fondo intrahistórico de la sociedad vasca del último tercio del siglo XIX, el latido del alma de aquel sector del pueblo vasco que más apegado ha estado a su lengua, reflejado con toda nitidez en *Paz en Za guerra*. Con razón dice don Miguel, en el prólogo de esta obra suya: «esto no es una novela; es un pueblo».

Al estudiar su obra llama la atención que en Unamuno ejerce el silencio laborar de estos hombres que generan con su oscura actividad y sus preocupaciones, valiéndose de una lengua a la que él considera inadecuada, el euskera, nada menos que la base sobre la que asientan los hechos intrahistóricos del pueblo vasco. Si en 1884 nos dice que es necesario estudiar al pueblo en sus manifestaciones, recogiénolas, diez años más tarde, en 1895, irá más lejos en las páginas de uno de sus ensayos más complejos, *En torno al casticismo*, haciendo al pueblo el protagonista esencial de lo que llama la intrahistoria, poso de la tradición interna que a su vez es, como él bien dice, eterna y actual. En definitiva el fondo granítico del ser de un pueblo.

Unamuno se revela buen observador de la vida íntima del pueblo vasco, de su psicología y personalidad, así como de determinados aspectos de su cultura; ahí está el magnífico estudio que dedicó al derecho consuetudinario en Vizcaya, o sus investigaciones, en colaboración con el etnólogo Stoll, sobre la covada vasca.

A través de su concepto de la intrahistoria está señalando e impulsando el conocimiento de nuestra más honda manera de ser y de sentir, aunque no sea él quien realice esta tarea con respecto al País Vasco, sino algunos de los mejores hombres que se mueven en torno a la primera época de la Sociedad de Estudios Vascos. Tanto las investigaciones de Barandiarán como los trabajos de Azkue, Aranzadi, P. Donostia, Eguren, Lekuona y Caro Baroja van en esa dirección y revelan la presencia de toda una serie de valores espirituales, estéticos, sociales, religiosos y políticos en el mundo cultural vasco, ignorado y negado, en parte, por el propio Unamuno. Con posterioridad a estos investigadores, también la obra de Oteiza está cargada de los mismos contenidos. En los escritos del pensador de Orío son frecuentes las referencias al carácter intrahistórico de una gran parte de la cultura vasca, en el sentido que don Miguel acuñó este término.

(21) A. GOICOETXEA MARCAIDA: «Unamuno y la libertad», *La Gaceta del Norte* (31-12. 1986).

Los trabajos realizados durante la primera mitad del presente siglo por todo ese plantel de estudiosos, van a poner de manifiesto la contradicción de algunas de las afirmaciones de Unamuno sobre la cultura indígena vasca, su religión, arte, ciencia e industria, a las que acusaba de falta de identidad en «La cuestión del vascuence», en 1902. Todo un rico muestrario de manifestaciones surgirá de ese fondo intrahistórico del pueblo, puesto de relieve en los trabajos de etnología, antropología física y cultural, arqueología, mitología y literatura popular, alumbrando la existencia en el País Vasco de una identidad cultural bien diferenciada que se remonta a las etapas iniciales de la cultura de la Europa occidental, con los primeros balbuceos del arte rupestre. Identidad que se acrecienta si tenemos en cuenta el pequeño grupo humano que constituyen los vascos en relación con los pueblos vecinos que le rodean y el limitado espacio geográfico que hoy le sirve de escenario.

No esperemos de don Miguel más de lo que él mismo manifestó: «Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de dar pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar y a lo sumo sugerir, más que instruir. Ni yo vendo pan, ni es pan, sino levadura o fermento»<sup>22</sup> Entre esas cosas esenciales de las que nos habla Unamuno está uno de los problemas, hoy fundamental para el pueblo vasco: el desarrollo y el mantenimiento de su identidad cultural. En consecuencia meditemos y pensemos en la ilusoria tarea, siempre inacabada pero siempre estimulante, de trabajar por lo que es propio, sacando a la luz la riqueza y originalidad de esa gran parcela del mundo cultural vasco que constituye el fondo intrahistórico de este pueblo.

---

(22) M. DE UNAMUNO: Obras completas, II, pág. 375